

ÁLVARO DE LA IGLESIA



**EL
SOBRINO
DE DIOS**

Que el ingenio de Álvaro de Laiglesia es inexhausto, inagotable, lo demuestra palmariamente el propio autor con la vigente evolución, en nada decadente, de su opulenta producción literaria. Esta vez el título de la novela y algunas reiteradas frases ofrecen cierto sabor bíblico que va desvaneciéndose a medida que avanza la divertida narración hasta aclararse la auténtica identidad del protagonista y sus secuaces.

El estilo de Álvaro de Laiglesia, siempre a punto, se actualiza con abundantes vocablos de moda, que sobresalen y aumentan con su estridencia el léxico «secreto» de expresiones exclamativas, no siempre ortodoxas, divulgadas sumamente y que acrecientan el vocabulario de muchas personas. Terminada la novela, se suceden siete narraciones breves en las que domina el humorismo del autor, maestro en el difícil arte de compendiar en todo momento sus espléndidas dotes imaginativas.

Prólogo

¡QUÉ LÁSTIMA, caramba, no haber sabido hasta demasiado tarde que yo iba a ser escritor! ¡Qué lástima no haberlo adivinado cuando aún tenía en la boca el redondo pecho del ama que me crió, y en el paladar el saborcillo blanco de la leche que mamé!

¡Lo que me he perdido con mi vocación tardía!

Nada menos que haber vivido mi infancia tontamente, inconscientemente, como un pequeño animal que sólo piensa en comer, en dormir, en crecer, sin fijarse en lo que ocurre alrededor, sin darse cuenta de que está desperdiçando una fortuna lírica y sentimental a la que podría sacar una renta saneadísima durante toda su vida literaria.

Hace falta ser animal, e incluso pedazo de bestia, para haber pasado desdeñosamente por esos primeros años cercanos al destete, tan ricos en vivencias poéticas, con los sentidos embotados por la digestión y el sueño, atento tan sólo a la satisfacción de mis necesidades instintivas: *teno hambre, quero pis, nene pupa, quero caca...*

En mi estúpido egoísmo que ahora lamento, ¡y de qué modo!, no me importaron las personas que me daban de comer, que me ponían en el orinalito, que me limpiaban los mocos o que me curaban la maldita y dolorosa pupa. Satisfechas mis necesidades seguía creciendo, que era lo único que me interesaba, sin retener en mi memoria ni un rostro, ni un paisaje, ni una palabra, ni una sensación.

Nada quedó grabado en mi sensibilidad de aquellos primeros años. Y no porque yo fuera insensible, sino por la sencilla razón de que no sabía que iba a ser escritor. Porque únicamente los escritores que saben desde muy niños que van a serlo, abren muy bien los ojos desde la lactancia para

no perderse ni un detalle de su infancia. Aquellos que saben que van a ser escritores líricos, claro está, ya que el escritor político, o costumbrista, o historiador, maldito el partido que puede sacarle a su insulsa etapa infantil.

Pero aquel que moja su pluma en lirismo, el que hace literatura de la buena, de la chanchi, el que sabe poetizar todo lo que ve, el que podríamos llamar loricón sin ánimo peyorativo, ése le saca a su niñez un jugo inagotable, rico en vitaminas poéticas de todas las letras, desde la A a la Z, almíbar denso y dulce en el que baña la compota de toda su obra.

Me imagino a estos liricones como niños-prodigio (tienen que serlo a la fuerza para saber que serán escritores cuando aún no han aprendido a escribir), niños de frentes amplias y cabezas gordas, en las que puede pronosticarse la calvicie prematura desde que les sale el primer pelo, ya débil y canoso. Niños cabezones y un poco enclenques por un desequilibrio entre su exceso de fósforo y su falta de calcio. Niños de ojos muy grandes que parecen tener la mirada algo pasmada, pero esa apariencia es engañosa porque de pasmada, nada: despabilada y bien despabilada, para no perder ripio de lo que ocurre en torno.

Y todo lo que ven, porque son niños listos, buenos y ahorrativos, lo van guardando en una hucha para el día de mañana, para cuando sean liricones adultos y necesiten temas para escribir. La hucha es grande, con forma de musa en pelota, mofletuda y soplona de inspiración, muy propia puesto que de ella saldrán los temas que inspirarán al loricón cuando alcance su madurez literaria. Mucho más propia en todo caso que las huchas de los niños corrientes, que tienen en general forma de cerdo, forma que desconcierta a los niños porque les hace pensar que a lo mejor el ahorro es una cerdada, y quizá lo sea, pero eso es harina de otro costal. Volvamos a la hucha en forma de musa en pelota, mofletuda y soplona, en la que el astuto niño que con el tiempo será loricón va guardando cuidadosamente todos

los recuerdos de su infancia. Es grande y sólida, para que dure muchos años, con una ranura amplísima. Tiene que ser muy amplia, pues por ella deben pasar al interior recuerdos de todos los calibres: desde una tía materna carnal y carnosa, que le daba al futuro liricón chocolate con picatostes, hasta un piano de cola en el cual su mamá le tocaba «Las Narices» (piececita compuesta por un primo de Ravel, el del «Bolero» maratoniano).

Por esa ranura con amplitud de colector, entran en la hucha armarios que le sirvieron de niño para esconderse cuando jugaba al escondite. Y cosas más gordas aún:

Un trozo de parque con banco de piedra y árboles, en el que besó castamente a la primera niña (o no tan castamente si la niña era cachonda).

Y la cama donde murió el abuelo, con el abuelo muriéndose dentro.

Y frascos de medicamentos, gotas para los oídos, cataplasmas de mostaza o linaza, lavativas, la acojonante tijera del otorrinolaringólogo para cortar las amígdalas.

Y fragmentos completos de la guerra civil, con el miedo a las bombas y al cura que papá tenía escondido en la despensa (no para comérselo sino para salvarlo).

Y el trauma de la primera experiencia sexual, cuando aún no sabía cómo ni por dónde.

Y el colchón húmedo con olor ácido de cuando el niño se hacía pipí en la cama.

Y aquella primita con cara de golfa, que tenía las trenzas tiesas y pecas como salpicaduras de chocolate a la francesa.

Y el oscuro asombro producido por la contemplación fortuita de una entrepiera femenina desprovista de pantaloncete, mostrada al desgaire e intencionadamente por parienta lejana calentorra.

Y las altas fiebres del sarampión, de la escarlatina, de las paperas, seguidas de largas convalecencias con sopicaldos y cachitos de pollo.

Y la paja en el pajar, el condiscípulo vicioso, los baúles del desván con viejos uniformes de una guerra ganada por papá, pero perdida por ese tío del que se habla bajando la voz porque está en la cárcel.

Y diccionarios gordísimos en los que sólo se buscaba riosamente el significado de las palabrotas.

Y el primer pantalón largo con bragueta de cremallera, que había que llevar con camisa y corbata cuyo nudo hacía mamá.

Y mariposas disecadas, cadavercitos de gorriones derribados con tirachinas, el entierro de un pariente en el que se sirvieron galletas y vino dulce, con la consiguiente borrachera del chaval, que puso perdido de vomitona su trajecito de luto...

Todo cabe por la tragadera de la hucha en la que el ahorrativo líricón guarda los materiales de sus inspiraciones futuras, como pepinillos en un gran tarro lleno de vinagre rancio y amarillento. Así el día de mañana puede sacarlos uno a uno, momificados, pero todavía reconocibles como cadáveres incorruptos.

¡Cómo lamento no haber ahorrado estos recuerdos infantiles, a los que podría sacar ahora la cómoda renta de unos cuantos libritos! Esta imprevisión, este haber tirado mi infancia por la ventana, me obliga a inventarme todo lo que escribo con el consiguiente desgaste mental.

Claro que, pensándolo bien, eso han salido ganando mis lectores. Porque la inventiva fresca es siempre mejor que los recuerdos en conserva. Y por otra parte, poco partido habría podido sacarle yo a todo ese batiburrillo guardado en una hucha. Porque dicho sea a título estrictamente informativo y sin ánimo de ofender a nadie, yo no soy un líricón.

ÁLVARO DE LAIGLESIA

El sobrino de Dios

1

—¡TÍO MÍO! ¿Por qué me has abandonado?

Para lanzar este grito desgarrador, esta pregunta estremecedora, he caído de rodillas en el suelo de mi celda. Y como el suelo es de piedra puñetera, me he hecho polvo las rodillas.

Una desgracia más que sumar a las muchas que me afligen, entre las cuales figura en primer término la de que me hayan encerrado aquí.

He gritado mirando al cielo, al poco cielo que veo por el ventanuco, sólo un pequeño retal cuadrado partido en cuatro cuadraditos por dos barrotes en forma de cruz.

De sobra sé que para dirigirme a mi Tío no necesito gritar, pero uno también es humano (aunque lo sea transitoriamente) y tiene sus debilidades. Y las mías se van acentuando con el encierro, haciendo que me sienta cada vez más nervioso y atemorizado.

Es posible que, en cuanto se me calme el dolor de los rodillazos que acabo de atizarme, grite de nuevo. Aunque sólo me sirva para romper el silencio que me oprime y deprime. Y estoy casi convencido de que no me servirá más que para eso, ya que mi Tío no piensa contestarme.

¡Pues claro que no! ¡Estaría bueno que me contestara a mí, cuando ni siquiera contestó a mi Primo cuando mi Primo le hizo la misma pregunta! Y eso que mi Primo, además de que estaba pasándolo mucho peor que yo, era su propio Hijo.

Está visto que tendré que aguantar mecha sin contar con la familia.

Pero ¿cuánta mecha aguantaré? Más bien poca, habida cuenta de que la carne en general es débil, y la mía en particular está muy macerada. Y el caso es que debo conservar

mi entereza hasta el final. Si me van a matar, no puedo morir lloriqueando como un cobardica. Mi muerte debe ser ejemplar, para que sirva de ejemplo al mundo entero. Y para disipar las dudas de todos los incrédulos que nunca creyeron en mí.

Es indispensable que, si tengo que morir, muera estupidamente. Mejor y con más entereza que el más entero de todos los héroes. Aunque para eso tendría que saber dos datos que aún desconozco: cuándo y dónde piensan acabar conmigo.

Si yo supiera que iban a liquidarme dentro de tres días, por ejemplo, podría administrar las fuerzas que me quedan para que me durasen hasta entonces. Tapándome la boca para no gritar y atándome los pies para no patear, es posible que llegase al momento final con suficiente dignidad para representar valerosamente la última escena. También podría ir ensayando esta última escena si supiera en qué escenario va a desarrollarse. Pero ¿qué puedo hacer si no sé nada? ¿De qué me serviría prepararme para dentro de tres días si a lo mejor me tienen encerrado tres meses más? ¿Para qué ensayar una hermosa muerte al aire libre, a pleno sol, si a lo mejor me matan en una alcantarilla como a una rata?

Esta incertidumbre es la que me desmoraliza y me pone los nervios de punta. Y eso es lo que quieren los esbirros que me encerraron. ¡No los perdones, Tío mío, porque ellos sí saben lo que hacen! No diciéndome cómo piensan ejecutarme, tratan de conseguir que me desespere y me desmorone. Quieren que eche a perder, con mi ridículo acobardamiento de última hora, la magnífica impresión que debe dejar mi paso por la Tierra. Quieren que las gentes se burlen de mi cobardía, que desprecien el guiñapo histérico en que pretenden convertirme. De ese modo, borradas por la burla y el desprecio las huellas de mi paso, mi nombre caería en el olvido. Y las semillas que yo sembré para que

la Humanidad sea más justa, para que sus riquezas estén mejor repartidas, no fructificarían jamás.

¿Comprendes, Tío mío, la diabólica pretensión de mis carceleros? Pero no se saldrán con la suya. Durante todo el tiempo que me quede de encierro y de vida, me morderé los labios para no volver a gritar. O la mismísima lengua.

Para combatir la desesperación que me asalta en esta agobiante soledad, voy a repasar minuciosamente toda mi vida. Una vida que a mí me parece pródiga en acontecimientos trascendentales. Una vida de la que la Humanidad deberá extraer enseñanzas profundas y mensajes alentadores para seguir viviendo.

2

MIRANDO ATRÁS, hasta el límite del atrás que alcanza mi mirada, veo que mis padres me llamaron siempre Purito. Recuerdo haber recibido ese nombre desde que tuve uso de razón, y ahora me sorprende no haber usado esa razón con anterioridad para averiguar el motivo de que me llamaran así.

Porque Purito, al primer golpe de oído, suena a diminutivo de puro, a cigarro pequeño, a labor mínima hecha con tabaco. Y yo tardé en extrañarme de llevar un nombre más propio de cajetilla de la Tabacalera que de señor de carne y hueso.

Pero la tardanza de mi extrañeza se explica teniendo en cuenta que yo era entonces, y lo fui hasta el momento de la Revelación, un chico normal y, por lo tanto, bastante estúpido. Aceptaba las cosas tal y como venían, sin sentirme intrigado por los motivos de que fuesen como eran. Por eso sin duda seguí aceptando con toda tranquilidad que me llamaran Purito hasta casi los diez años, edad en la que el niño deja de ser un trozo de carne con piernas y empieza a pensar. Y piensa más rápidamente si los chicos de la calle se pitorrean de su nombre. Tuve, pues, que preguntar a mis padres por qué me habían puesto un nombrecito que tanto pitorreo causaba.

—Purito —me explicaron— es un diminutivo cariñoso de tu nombre verdadero. Porque tú te llamas Purificación.

Pese a mi estupidez derivada de mi normalidad, debí de poner una cara rara al oír aquello porque mi madre se apresuró a ampliar la información.

—En muchos países, Purificación es considerado nombre masculino aplicable a los varones. Lo mismo que Rosario, Natividad, Socorro y Ascensión.

Pero mi padre, que estaba presente y se había puesto un poco pálido, intervino para decir en un tono chocantemente dramático:

—¡No, Lola! Sabes muy bien que esa explicación no explica nada.

—¿Cómo que no? —protestó ella.

—En todo caso —insistió él—, es una explicación incompleta. Creo que ha llegado el momento de que le contemos a Purito toda la verdad.

—Es muy joven aún —opinó Lola, o sea mi madre—. Y muy inocente.

—Por eso mismo —insistió mi padre—. Tiene la edad y la inocencia precisas para admitir ciertas cosas. De manera que empieza a contárselo tú.

—A mí, te lo confieso, me da un poco de vergüenza —se resistió mamá.

—¿Vergüenza? —se indignó papá—. ¡Nunca me habías dicho nada semejante!

—Porque nunca, desde que el chico nació, volvimos a hablar de eso.

—Pero no hablamos no porque nos avergonzáramos, sino para conservar intacto dentro de nuestros corazones tan hermoso secreto. Tú misma me dijiste que juraste no divulgarlo. Por eso callaste, lo mismo que yo: para respetar tu juramento y no porque te avergonzaras. ¿Cómo podía avergonzarte haber sido elegida para ser la protagonista de un milagro tan excelso?

—Por modestia, hombre. Recordarás que me eligieron por humilde y recoleta, y no para que me pusiera apregonar el milagrito por presunción.

—¿Puedo saber de qué milagro habláis? —intervine yo, que me había mantenido al margen de la conversación chupándome un dedo y sin entender ni chorra.

Y mi padre, juntando las manos en plan piadoso al tiempo que levantaba los ojos al techo, me contestó:

—Del milagro de tu nacimiento.

—Paco, por favor —le suplicó mi madre, temblona por la inquietud que el tema le producía—. ¿De veras crees que es necesario...?

—¡Naturalmente! Ya es hora de que Purito conozca su verdadera identidad. Si ha sabido que se llama Purificación, tiene que saber también por qué. Acércate, hijo nuestro, y escucha a tu madre.

Obedecí y me acerqué, mientras mi madre continuaba resistiéndose:

—Sigo pensando que es prematuro, pero si te empeñas...

—¡Hablad de una vez! —estallé cabreado, pero ellos aceptaron con humildad mi estallido y mi cabreo.

—Pues verás, hijito —empezó mi madre bastante nerviosa, aunque fue calmándose a medida que iba cogiendo con más firmeza el hilo de su relato—. Cuando yo me casé con tu padre, tenía la intención de parir muchos hijos. Pero, por desgracia, no pudo ser así. Tu padre, que había hecho la guerra como todos los españoles de su generación, tenía plomo en el ala. Quiero decirte con esto, lo más finamente posible, que le habían arreado un metrallazo en el pito.

—¡Por Dios, Lola! —protestó papá—. Esos detalles no le interesan al niño.

—Tiene que saberlos para entender la explicación —opinó ella—. Y como tú te has empeñado en que se lo explique todo...

—Suaviza al menos tu lenguaje con metáforas.

—Ya lo he suavizado con la metáfora del pito, pero no se me ocurre ninguna para suavizar el metrallazo.

—Di sencillamente que yo había sufrido una mutilación bélica, que anulaba mis facultades para procrear.

—Pues ya lo has oído, hijo: eso es lo que le pasaba a tu papá. Y como yo me enteré cuando ya estábamos casados, porque entonces el país era muy católico y las experiencias prematrimoniales eran pecados mortales, tuve que chincharme. Es cierto que pude anular nuestro matrimonio ale-

gando que tu padre no funcionaba bien, que a consecuencia de la guerra estaba pitidisminuido. Pero entonces había más pudor en las costumbres, y estaba mal visto que una esposa sacara a relucir las vergüenzas averiadas de su marido ante un tribunal eclesiástico. De esas cosas tan impúdicas nadie osaba hablar jamás. Entonces se decía:

»—A quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.

»Que quería decir:

»—Si Dios te da una vergüenza que no funciona, acéptala con resignación y no escandalices.

»Y eso hice yo.

—Hiciste muy bien —añadió mi padre—, puesto que Dios te había elegido para una misión mucho más alta.

—Sí, claro —estuvo de acuerdo mamá—. Pero cuando me casé contigo yo ignoraba esa misión, y tu avería no me hizo muy feliz.

—Por fortuna, te consolaste pronto.

—Muy pronto, en efecto. A los pocos meses de habernos casado.

—Eso es lo que tiene que saber Purito —dijo mi padre, volviendo a juntar las manos en plan oración—. Cuéntaselo con detalle.

—La verdad es que ya no me acuerdo muy bien...

—¿Cómo no vas a acordarte, mujer? No digas memeces.

—Es que han pasado más de diez años.

—Pasarán siglos —sentenció papá—, y seguirá acordándose toda la Humanidad. De manera que no seas modesta y cuéntalo.

—Está bien —suspiró mi madre, resignada—. Poco después de nuestro matrimonio, tu padre consiguió un empleo que tenía un nombre muy largo y un sueldo muy corto.

—No era un empleo —puntualizó él.

—Tiene razón —rectificó ella—: era un enchufe.

—Era un puesto político, que obtuve por ser ex combatiente —se pavoneó papá—: inspector local de la Jefatura